

Stephen HODKINSON – Ian MACGREGOR MORRIS (eds.), *Sparta in Modern Thought: Politics, History and Culture*, Swansea, Classical Press of Wales, 2012, 462 pp. [ISBN: 978-1-905125-47-0].

Aunque de entidad totalmente independiente, el libro del que se trata es en realidad la demorada segunda parte de unas actas, las del congreso internacional *Sparta: Comparative Approaches and Classical Tradition*, celebrado en la Universidad de Nottingham en 2007 como canal de expresión del proyecto de investigación *Sparta in Comparative Perspective, Ancient to Modern: History, Historiography and Classical Tradition*. Dirigido por Stephen Hodkinson, el proyecto nacía con una clara vocación revisionista y desmitificadora, desarrollada en tres ejes maestros: la comparación del sistema espartano con otras realidades culturales, el rastreo historiográfico de ese tipo de analogías y el estudio de la tradición espartana en el pensamiento moderno. Si el primer volumen de las actas (S. Hodkinson (ed.), *Sparta: Comparative Approaches*, Swansea, Classical Press of Wales, 2009) recogía las contribuciones a la primera parte, abordando, en definitiva, la cuestión del *excepcionalismo* espartano, en este segundo tomo se compilan los estudios que responden a esas segunda y tercera líneas de investigación. En este sentido, desde una perspectiva amplia, en este trabajo converge una doble tendencia de la investigación más reciente en Historia Antigua desde del ámbito anglosajón: por un lado, el renacimiento de los estudios críticos sobre la Esparta antigua que se ha venido desarrollando en los últimos tiempos; por otro, el auge de la línea de estudio sobre el legado y recepción de la Antigüedad en el mundo moderno.

No obstante, no se puede decir que el tema tratado en este volumen sea novedoso, de hecho nace como el reflejo de un libro de 1969, el pionero *The Spartan tradition in European thought* de Elizabeth Rawson (Oxford, Clarendon Press). En 1933 François Ollier había acuñado un término clave, *espejismo espartano*, para describir la imagen falseada de Esparta en el mundo antiguo (*Le mirage spartiate*, París, Belles Lettres, 1933-1943); el gran valor de la obra de Rawson fue relacionar por primera vez ese mito antiguo con el moderno, rastreando a lo largo del tiempo las visiones condicionadas que habían asumido a Esparta como modelo político o filosófico. Su enfoque novedoso y totalizador (desde el siglo VII a.C. hasta mediados del XX) hicieron de su obra algo definitivo, solo complementado en las últimas décadas con ciertos estudios específicos. La necesidad de renovar la cuestión desde nuevos enfoques, aportes e inquietudes culmina en este libro casi homónimo.

Naturalmente, la comparación con el trabajo de Rawson es recurrente a lo largo de toda la obra y se hace explícita en la introducción (p. VIII). En lo fundamental, se ha mantenido un planteamiento muy similar con dos diferencias esenciales: primera, parte de la Edad Media prescindiendo de la historiografía antigua, mucho más tratada en estos cuarenta años; segunda, introduce una nueva heterogeneidad, derivada de su planteamiento colectivo y la disparidad disciplinar de los autores (Historia Cultural, Historia Antigua e Historia Moderna). Todo ello tiene una consecuencia fundamental: el *remake* gana en profundidad pero pierde, necesariamente, en sistematicidad y perspectiva. No obstante –y aquí está el principal mérito de la obra– se demuestra

un gran esfuerzo por lograr la máxima cohesión temática y cronológica posible, lo que se ha intentado mediante un proceso de revisiones cruzadas entre los autores destinado a evitar reiteraciones y establecer enlaces entre los distintos trabajos (pp. XII-XIII). El resultado es una estructura diacrónica en cuatro bloques razonablemente equilibrada y coherente: “Medieval and early modern Europe”, “Enlightenment to post-revolutionary France”, “Germany: from literary hellenism to National Socialism” y “Cold War politics and contemporary popular culture”.

El primer estudio, de Ian MacGregor Morris (“Lycurgus in late medieval political culture”, pp. 1-42), parte de una declaración esencial: el mito espartano solo puede entenderse como un todo, como un proceso único marcado por continuidades y evoluciones desde la propia Antigüedad; por desconocimiento o error, la Edad Media ha sido la gran olvidada. El ejemplo es la obra de Rawson, cuya incursión en el Medievo se limitó, en realidad, a ciertos textos cristianos tardoantiguos. MacGregor Morris hace su aportación desde la premisa de que el mito medieval es esencialmente personalista, explorando en este caso las referencias a Licurgo como cristianizado *exemplum* de legislador y preceptor de la monarquía. Sus fuentes son las obras de diversos pensadores religiosos de entre los siglos XII y XV; quizá excesivamente restringido al ámbito inglés –sin que el título lo advierta– aporta, no obstante, interesantes reflexiones acerca de la inclusión de la leyenda espartana en las digresiones sobre el equilibrio Iglesia-Estado y su lugar como antecedente del Humanismo.

El breve primer bloque lo cierra Kostas Vlassopoulos (“Sparta and Rome in early modern thought: a comparative approach”, pp. 43-70), cuyo artículo se guía por una propuesta metodológica interesante: el estudio de un constructo cultural como este debe ser comparado con otros similares dentro de un mismo periodo y contexto para comprender plenamente sus características e implicaciones. Según este esquema, su análisis se desarrolla en torno a la constante comparativa entre la imagen de las antiguas Esparta y Roma entre los siglos XVI y XVIII, buscando siempre las raíces greco-latinas de ese paralelo recurrente. Centrado exclusivamente en el ámbito del pensamiento político, su principal conclusión es una esencial contradicción, la que se establece entre el modelo establecido por Maquiavelo, que vio en Esparta el modelo aristocrático por excelencia, y el que surge a raíz de los nuevos debates nacidos con la revolución inglesa y el ambiente pre-revolucionario francés, aquél que la convierta, paradójicamente, en un modelo de republicanismo y equilibrio de poderes.

Inaugurando el segundo bloque, el trabajo de Haydn Mason (“Sparta and the French Enlightenment”, pp. 71-104) incide en ese tardío mito republicano centrado su foco en el ámbito ilustrado francés. Parte del vacío del periodo de Luis XIV para acometer un repaso sistemático y diacrónico sobre los principales hitos del pensamiento en la Francia del siglo XVIII hasta la Revolución (Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Diderot, entre otros). Su vocación totalizadora –como anuncia y cumple su título– le hace perder inevitablemente precisión de detalle, pero le permite ilustrar de una forma panorámica y comprensible las principales características, variantes y discrepancias en torno a una versión esencial del mito: la imagen idealizada de Esparta que la elevó como el paradigma del igualitarismo primitivista de la utopía

republicana, un referente que fue fundamental, tanto en positivo como en negativo, en un momento tan turbulento y fértil como la crisis del Antiguo Régimen.

El artículo de Michael Winston (“Spartans and savages: mirage and myth in eighteenth-century France”, pp. 105-164) puede considerarse como un perfecto complemento del anterior: al tratar sobre el mismo ambiente intelectual repite datos y conceptos, pero su enfoque es distinto y aborda más analíticamente algunos aspectos que se habían escapado del repaso de Mason. Incide en dos ideas fundamentales: la heterogeneidad de la visión de Esparta en ese período y la importancia que tiene en ella la noción de primitivismo en el pensamiento ilustrado. Así, en el primer apartado, analiza las comparaciones que se hicieron entre la cultura espartana y otros referentes de la prefiguración colonial del *salvaje*, como los nativos americanos. En el segundo capítulo vuelve sobre el *topos* de la utopía republicana, pero insistiendo en la concepción primitivista del *buen salvaje* que había tras ella. El último epígrafe dedica su atención a la crítica de pensadores como Voltaire, que rechazaron ese paradigma arcaizante en pro de un ideario modernista.

Cerrando el segundo bloque, Paul Christesen (“Treatments of Spartan land tenure in eighteenth- and nineteenth-century France: from François Fénelon to Fustel de Coulanges”, pp. 165-230) desborda cronológicamente la Ilustración desgajando de los análisis previos un tema concreto absolutamente clave: el papel del mito espartano en la cuestión de la propiedad de la tierra, desde la crisis del Antiguo Régimen hasta el socialismo decimonónico. En su trabajo, ilustrativo y panorámico, aunque quizá sobre-contextualizado, analiza el tópico del igualitarismo agrario espartano desde la visión utópica de Rousseau o Babeuf hasta la reinención de los socialistas franceses del siglo XIX, como Cabet o Dézamy. Concibe el tema como un debate ininterrumpido de doscientos años que termina con la polémica mantenida entre Fustel de Coulanges y Émile de Laveleye, el hito que despolitice la cuestión para encauzarla hacia el ámbito puramente académico.

En el inicio del tercer bloque, Uta Degner (“Spartanic verses: Hölderlin and the role of Sparta in German literary hellenism, c. 1800”, pp. 231-252) se propone abordar los antecedentes más remotos de la versión nazi del mito espartano, absorbente tema que había monopolizado hasta el momento la consideración de Alemania en la cuestión. Se acomete la tarea de explorar de forma específica la imagen de Esparta en la Ilustración alemana y se hace fundamentalmente a través del estudio de la novela de Friedrich Hölderlin *Hyperion or The Hermit in Greece*. Contextualizada en el ambiente filo-helenista propiciado, entre otras, por la esencial figura de Winckelmann, las nociones fundamentales que se desprenden de su visión de Esparta se resumen en la idealización de lo natural frente al progreso, del espíritu guerrero frente a la cultura, de lo comunitario frente a lo individual, elementos que tienen mucho que ver con el opresivo ambiente alemán en ese momento y la conciencia de la necesidad de cambio irradiada de la Revolución francesa.

Volker Losemann (“The Spartan tradition in Germany, 1870–1945”, pp. 253-314) regresa sobre el período más esperable en lo que se refiere al mito espartano en Alemania, analizando su época de máximo esplendor, entre el fin de la guerra franco-prusiana y el de la Segunda Guerra Mundial. Su principal aporte es que no aborda el

período previo al nazismo como un mero antecedente, sino que profundiza realmente sobre esa etapa de gran efervescencia científica, filosófica e ideológica. Solo así puede comprenderse cómo la hegemonía de la mentalidad militarista y jerárquica de Prusia lleva a la exacerbación de las simpatías alemanas hacia el universo espartano; cómo la vulgarización del darwinismo social empuja hacia las identificaciones raciales greco-germanas y las analogías eugenésicas; de qué manera las nuevas inquietudes filosóficas derivan en la exaltación más extrema de las nociones de *agrarización* social, culto al cuerpo o auto-sacrificio que se acaban desprendiendo de la *polis*.

El trabajo de Helen Roche (“*Spartanische Pimpfe: The importance of Sparta in the educational ideology of the Adolf Hitler Schools*”, pp. 315-342) reduce el enfoque para volver sobre uno de los temas más profundos de la apropiación nazi de Esparta, el de la política educativa, que Losemann ya menciona brevemente. Después de presentar, de nuevo, las ideas fundamentales del mito nazi y de repasar la historia de las Escuelas de Adolf Hitler, su estudio se centra, en realidad, en el análisis del libro de texto *Sparta: Der Lebenskampf einer nordischen Herrensicht* (1940). Editado para dicha institución, en él se entremezclan los textos antiguos y los ensayos adocrinadores, reflejando de una forma especialmente palmaria su relectura de la ética y moral espartana a partir de su tergiversada filosofía en la formación de las juventudes del régimen.

El coeditor Stephen Hodkinson (“*Sparta and the Soviet Union in U.S. Cold War foreign policy and intelligence analysis*”, pp. 343-392) abre el último bloque con una de las contribuciones más originales. Se traslada a la Guerra Fría, especialmente en su última etapa (años 70 y 80), para poner de manifiesto un curioso fenómeno: la identificación sistemática que se hizo en EEUU entre el sistema espartano y el soviético en tanto que análogas estrategias militaristas de contención. Nada tiene que ver el estudio con la cultura popular, la divulgación, la literatura o la educación, las dimensiones que se manejan en el resto del libro; las fuentes de Hodkinson son los debates estratégicos de las altas esferas y los informes de la CIA. Se trata de una perspectiva extraordinariamente interesante en tanto que traslada el estudio de la recepción de la Antigüedad a un ámbito completamente distinto del acostumbrado, revelando los distintos y contradictorios niveles de la apropiación histórica.

El texto de Lynn S. Fotheringham (“*The positive portrayal of Sparta in late-twentieth-century fiction*”, pp. 393-428) se sitúa en el extremo opuesto. A pesar del título y más allá de alguna otra referencia no desarrollada, su estudio se circunscribe al análisis de dos célebres obras literarias: el cómic de Frank Miller *300* (1997) y la novela *Gates of Fire*, de S. Pressfield (1998). La autora hace de ellas un completo repaso temático rastreando los tópicos sobre el mundo espartano de los que beben, los que se resaltan, se omiten o mitigan, haciendo balance de su rigor histórico en función de sus particulares lenguajes y licencias literarios. En su metódico análisis puede echarse en falta, no obstante, una cierta perspectiva histórica que pusiese estas obras en relación con otras producciones literarias o cinematográficas del siglo XX y su coyuntura política; en cualquier caso, su enfoque concuerda con su interpretación de fondo: estas novelas no pueden explicarse por el contexto ideológico de su tiempo;

son, simplemente, la manifestación de ciertos tópicos narrativos recurrentes, reconocibles independientemente de su naturaleza histórica.

De alguna manera, Gideon Nisbet (“‘This is Cake-Town!’: *300* (2006) and the death of allegory”, pp. 429-458) incide en una idea de fondo similar, pero lo hace desde un armazón teórico y metodológico mucho más consistente. Postula, por encima de todo, la pertinencia de llevar el estudio de la recepción de la Antigüedad a las subculturas populares, más allá de los cauces tradicionales, concretamente, en el contexto de los nuevos medios de comunicación y producción creativa vinculados a Internet, el acceso abierto y la cultura fan. Su análisis se centra en la recepción del film *300* (2006) a través del fenómeno de edición audiovisual popular canalizada por *YouTube*. Analiza cinco vídeos derivados de esta película y de *Troya* (2004), para mostrar la evolución de esta tendencia en los pocos años que las separan y para concluir, en definitiva, que asistimos a una fragmentación ideológica y cultural del mito que ha desvirtuado y diversificado el sentido de las alegorías tradicionales. Sin duda se trata de una de las contribuciones más originales y estimulantes del libro, introduciendo en la cuestión refrescantes modos y temas de análisis insertos en la realidad más inmediata.

El obligado balance respecto a la obra de Rawson es claro: por un lado, el trabajo de Hodkinson y MacGregor Morris pierde la perspectiva y cohesión que solo puede tener una obra personal y panorámica como la de 1969. Así, en su apariencia totalizadora y a pesar de que se arroga la tarea de suplir algunas de las lagunas dejadas por Rawson (escolástica medieval, Ilustración alemana, Guerra Fría...), se soslayan algunos temas en favor de otros sobre-analizados: queda en el tintero el papel del mito en ciertas realidades fundamentales (republicanismo inglés, pensamiento soviético o nacionalismo griego), mientras que en otras resulta reiterativo (Ilustración francesa y Alemania nazi). En ciertos casos, además, la especificidad de los artículos limita la perspectiva, al restringirse su estudio a fuentes documentales muy concretas.

Por contra, esto es compensado con creces en profundidad de análisis. Gana, obviamente, en actualidad, al apostar por el análisis de las más inmediatas versiones del mito y no limitarse al estudio en la distancia, siempre más cómodo y aséptico. Creo, no obstante, que su principal aporte es metodológico, en lo que concierne a la enorme heterogeneidad de enfoques propuestos y tipos de fuentes manejadas: de forma inmediata, esto es el resultado de su planteamiento multidisciplinar; en general, es la consecuencia de la maduración y reinención de una línea de estudio, la del legado y recepción de la Antigüedad, aplicada de una forma sistemática y coherente. La disciplina historiográfica clásica se enriquece con enfoques comparativos y préstamos de la historia del pensamiento o la sociología, aportando un aire fresco y estimulante a este tipo de investigaciones. De la escolástica a *YouTube*, se presenta un mosaico increíblemente rico de posibilidades de análisis en lo que respecta a las formas en que la Antigüedad ha sido percibida a lo largo del tiempo.

Tomás AGUILERA DURÁN  
Universidad Autónoma de Madrid  
tomas.aguilera@uam.es